

Sagrado Corazón de Jesús

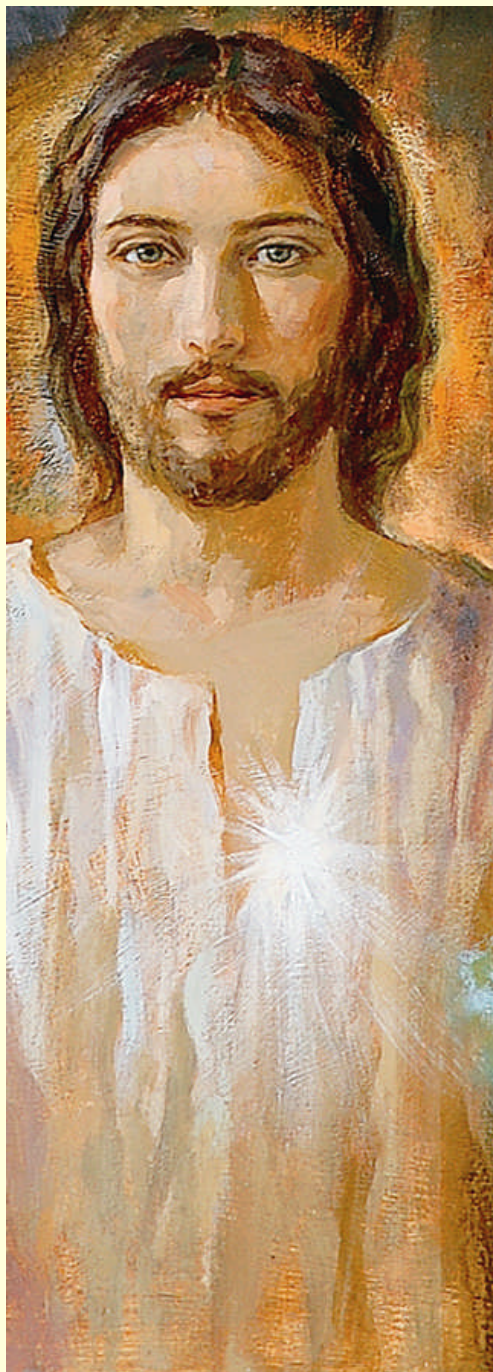
¿Quién es ese Dios en quien creemos? ¿Cuál es su esencia? ¿Cómo podemos definirlo? La liturgia de este día nos dice que "Dios es amor". Nos invita a contemplar la bondad, la ternura y la misericordia de Dios, a dejarnos envolver por la dinámica del amor, a vivir "en el amor" nuestra relación con Dios y con los hermanos.

La primera lectura es una catequesis sobre la historia de amor que une a Yahvé y a Israel. Enseña que fue el amor, amor gratuito, incondicional, eterno, el que llevó Dios a elegir a Israel, a liberarlo de la opresión, a hacer con él una Alianza, a derramar sobre él su misericordia en tantos momentos concretos de su historia.

Ante la intensidad del amor de Dios, Israel no puede quedarse de brazos cruzados: el Pueblo es invitado a comprometerse con Yahvé y a vivir de acuerdo con sus mandamientos.

La segunda lectura define, en una frase lapidaria, la esencia de Dios: "Dios es amor". Ese "amor" se manifiesta, de forma concreta, clara e inequívoca en Jesucristo, el Hijo de Dios que se hizo uno de nosotros para manifestarnos, hasta la muerte en cruz, el amor del Padre. Quien quiera "conocer" a Dios, permanecer en Dios o vivir en comunión con Dios, tiene que acoger la propuesta de Jesús, desprenderse del egoísmo, del orgullo y de la arrogancia y amar a Dios y a los hermanos.

El Evangelio nos asegura que ese Dios que es amor tiene un proyecto de salvación y de vida eterna para ofrecer a todos los hombres. La propuesta de Dios se dirige, especialmente, a los pequeños, a los humildes, a los oprimidos, a los excluidos, a los que yacen en situaciones intolerables de miseria y del sufrimiento: esos son, no sólo los más necesitados, sino también los más dispuestos para acoger los dones de Dios. Sólo quien acoge esa propuesta y sigue a Jesús podrá vivir como hijo de Dios, en comunión con Él.



PRIMERA LECTURA

El Señor se enamoró de vosotros y os eligió

Lectura del Libro del Deuteronomio

7, 6 - 11

Habló Moisés al pueblo y dijo:

— Tu eres un pueblo santo para el Señor tu Dios:

él te eligió para que fueras,

entre todos los pueblos de la tierra,

el pueblo de su propiedad.

Si el Señor se enamoró de vosotros y os eligió,

no fue por ser vosotros más numerosos que los demás

— porque sois el pueblo más pequeño —,

sino que, por puro amor vuestro,

por mantener el juramento que había hecho a vuestros padres,

os sacó de Egipto con mano fuerte y os rescató de la esclavitud,

del dominio del Faraón, rey de Egipto.

Así sabrás que el Señor tu Dios es Dios:

el Dios fiel que mantiene su alianza

y su favor con los que lo aman

y guardan sus preceptos por mil generaciones.

Pero paga en su persona a quien lo aborrece

acabando con él.

No se hace esperar,

paga a quien lo aborrece en su persona.

Pon por obra estos preceptos y los mandatos

y decretos que te mando hoy.

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

El Libro del Deuteronomio es aquel "libro de la Ley" o "Libro de la Alianza" descubierto en el Templo de Jerusalén el año 18º del reinado de Josías (622 antes de Cristo) (cf. 2 Re 22).

En este libro, los teólogos deuteronomistas, originarios del norte (Israel) pero, en aquel momento, refugiados en el sur (Judá) después de las derrotas de los reyes del norte frente a los asirios, presentan los puntos fundamentales de su teología:

- hay un sólo Dios, que debe ser adorado por todo el Pueblo en un único lugar de culto (Jerusalén);
- ese Dios amó y eligió a Israel e hizo con él una alianza eterna;
- el Pueblo de Dios debe ser un único Pueblo, la propiedad personal de Yahvé (por tanto, no tienen ningún sentido las cuestiones históricas que llevaron al Pueblo de Dios a la división política y religiosa, tras la muerte del rey Salomón).

Literariamente, el libro se presenta como un conjunto de tres discursos de Moisés, pronunciados:

- en las llanuras de Moab,
- en la orilla oriental del río Jordán,
- a las puertas de la Tierra Prometida.

Presintiendo la proximidad de su muerte, Moisés deja al Pueblo una especie de "testamento espiritual": recuerda a los hebreos los compromisos asumidos para con Dios y les invita a renovar su alianza con Yahvé.

El texto que hoy se nos propone forma parte del segundo discurso de Moisés (cf. Dt 4,44-28,68). Es un discurso largo, que ocupa toda la parte central del Libro del Deuteronomio. Consta de introducción (cf. Dt 4,44-11,32), sección legal (cf. Dt 12-25) y conclusión (cfr. Dt 26-28). La introducción al segundo discurso de Moisés nos presenta dos clases de textos. Unos, son relatos históricos, que tienen como centro los acontecimientos del Horeb y la Alianza entre Dios y su Pueblo (cf. Dt 5,1-6,3; Dt 9,7b-10,11); otros, son pasajes de tipo parenéticos, en las cuales se exhorta al Pueblo a ser fiel al Señor, a la Alianza y a la Ley que debe ser su norma de vida en la Tierra Prometida (cfr. Dt 6,4-9,7a; 10,12-11,32).

Nuestro texto forma parte del bloque parenético que va de Dt 6,4 a 9,7a. Después de definir a Yahvé como el único Dios de Israel (cf. Dt 6,4), el autor deuteronomista define a Israel como un Pueblo consagrado al Señor (cfr. Dt 7,6).

1.2. Mensaje

Decir que Israel es "un Pueblo consagrado al Señor", significa decir que Israel es un Pueblo "santo", "separado", "reservado para el servicio de Yahvé". La santidad es una nota constitutiva de la esencia de Dios; cuando se aplica la misma noción al Pueblo, significa que este entró en la esfera divina, que pasó a vivir en la órbita de Dios, que fue separado del mundo profano para pertenecer exclusivamente a Dios.

Queda, no obstante, claro en el texto que el único responsable de la elección de Israel es Dios. No fue Israel quien se consagró al servicio de Dios, el que se elevó hasta Dios; fue Dios quien, por su iniciativa, eligió a Israel de entre todos los otros pueblos, haciendo de él un Pueblo especial y poniéndolo a su servicio.

¿Por qué Yahvé eligió precisamente a Israel y no a cualquier otro Pueblo? Según la catequesis del autor deuteronomista, la elección divina de Israel no se basa en su gran poder, sino en el amor gratuito de Dios y en su fidelidad al juramento hecho a los antepasados del Pueblo.

La elección no es fruto de una conquista humana, sino que es siempre pura gracia de Dios. Se toca aquí el misterio del amor insondable y gratuito de Dios para con su Pueblo, amor extraño e inexplicable, pero incuestionable y eterno.

Por lo demás, la elección divina de Israel no es un piadoso deseo del Pueblo, o una reflexión abstracta de teólogos; es una realidad que Israel puede demostrar con su historia.

La liberación de Egipto, la derrota del poder opresor del faraón, la fuga del Pueblo oprimido hacia la seguridad del desierto confirman la elección de Israel y el amor de Dios por su Pueblo.

¿Cuál debe ser la respuesta de Israel al amor de Dios?

Antes de nada, Israel debe reconocer que Yahvé "es el que es, Dios". Israel es invitado a prescindir de otros dioses, de otras referencias, y a construir toda su existencia alrededor de Yahvé, de su amor y de su bondad (vv. 9-10).

Después, la respuesta del Pueblo al amor de Dios debe traducirse en la observancia de los "mandamientos, leyes y preceptos" que Yahvé propone a su Pueblo (v. 11). Los mandamientos son los signos que permiten a Israel mantenerse en comunión con Dios, como Pueblo "santo" consagrado al Señor.

1.3. Actualización

La reflexión de este texto puede realizarse a partir de los siguientes elementos:

- ✚ Esta catequesis deuteronomista pone de relieve, sobre todo, el amor de Dios por su Pueblo. El catequista contempla abismado ese amor gratuito, incondicional, inexplicable, ilógico, irracional y sugiere a sus conciudadanos: "somos un Pueblo con mucha suerte. Nuestro Dios, ese Dios que nos acogió y que nos llamó a la comunión con él, tiene un corazón que ama y que derrama incondicionalmente su bondad y su ternura sobre cada uno de nosotros. No cuentan nuestros merecimientos, nuestras cualidades o defectos, nuestro peso en la comunidad internacional: sólo importa el amor de Dios". En este día del Corazón de Jesús, se nos invita a redescubrir este amor y a asombrarnos con su gratuidad y eternidad.

- ✚ Israel descubre el amor y la ternura de Dios, no a partir de reflexiones abstractas, sino a partir de las vicisitudes de su caminar histórico. El amor de Dios por sus hijos, no es una historia color de rosa de príncipes y de princesas que "se casarán y vivirán muy felices", sino una realidad con la que topamos a cada paso en el camino de la vida. Se manifiesta concretamente, en aquellos mil y un gestos de ternura, de amistad, de solidaridad, de servicio que todos los días testimoniamos y que encienden una lucecita de esperanza en el corazón de los que sufren, de los pobres, de los abandonados, de los excluidos. Por un lado, somos invitados a descubrir la presencia del amor de Dios en nuestra vida a través de los hermanos que nos rodean y que son los instrumentos de los que Dios se sirve para ofrecernos su bondad, su ternura, su afecto; por otro lado, se nos invita a ser testigos vivos del amor de Dios y a manifestar, en gestos concretos de bondad, de compartir, de solidaridad, la solicitud de Dios por la humanidad.

- ✚ El autor deuteronomista invita a sus conciudadanos a responder con amor al amor de Dios.
¿Cómo manifiesta el hombre, en términos concretos, su amor a Dios?
En primer lugar, es preciso que Dios ocupe en la vida del hombre el lugar que merece. Dios no puede ser una figura descartable, o de segundo plano: tiene que ser el punto de referencia, el eje alrededor del cual gira toda la vida del hombre. En segundo lugar, es preciso que el hombre observe "los mandamientos, las leyes y los preceptos" que Dios le propone. Vivir en la lógica de los valores de Dios, es reconocer la preocupación y el amor de Dios por los hombres, y es acoger la propuesta de Dios como la única propuesta válida de realización, de felicidad, de salvación.

Salmo responsorial

Salmo 102. 1-8.10

V/. La misericordia del Señor dura siempre,
para los que cumplen sus mandatos.

R/. La misericordia del Señor dura siempre,
para los que cumplen sus mandatos.

V/. Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios.

R/. La misericordia del Señor dura siempre,
para los que cumplen sus mandatos.

V/. El perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa
y te colma de gracia y de ternura.

R/. La misericordia del Señor dura siempre,
para los que cumplen sus mandatos.

V/. El Señor hace justicia
y defiende a todos los oprimidos;
enseñó sus caminos a Moisés
y sus hazañas a los hijos de Israel.

R/. La misericordia del Señor dura siempre,
para los que cumplen sus mandatos.

V/. El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia.
No nos trata como merecen nuestros pecados,
ni nos paga según nuestras culpas.

R/. La misericordia del Señor dura siempre,
para los que cumplen sus mandatos.

SEGUNDA LECTURA

El nos amó

Lectura de la primera carta del Apóstol San Juan

4, 7-16

Queridos hermanos:

Amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor.

En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios mandó al mundo a su Hijo único, para que vivamos por medio de él.

En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados.

Queridos hermanos:

Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros.

A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud.

En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo para ser Salvador del mundo.

Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios. Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él.

Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

La opinión tradicional atribuye esta carta al apóstol Juan. Aunque esa no sea una hipótesis a descartar sin más, tampoco se impone de forma categórica. Lo que podemos decir, sin lugar a dudas, es que la primera carta "de Juan" fue escrita por alguien que pertenece al mundo joánico. Algunos autores hablan del autor como de un discípulo del apóstol Juan, de un miembro de su escuela, o de un portavoz de esa comunidad donde Juan vivió y donde dio testimonio del Evangelio de Jesús.

La carta no tiene destinatario, ni hace ninguna referencia a personas o a comunidades concretas. Probablemente, está dirigida a un grupo de Iglesias de Asia Menor. Se trata, sin duda, de comunidades que viven una grave crisis, debido a la difusión de doctrinas heréticas, incompatibles con la revelación cristiana.

¿Quiénes son los predicadores de esas doctrinas heréticas?

No lo sabemos, en concreto. Probablemente, se trata de un movimiento judaizante pre-gnóstico, constituido por personas que creen que "conocen a Dios" y que viven en comunión con él, pero que se niegan a descubrir en Jesús al Mesías (cf. 1 Jn 2,22) y al Hijo de Dios (cf. 1 Jn 4,15) que el Padre envió al mundo y que se encarnó en medio de los hombres (cf. 1 Jn 4,2). Afirman que no tienen pecado (cf. 1 Jn 1,8.10) y que no guardan los mandamientos (cf. 1 Jn 2,4), en particular el mandamiento del amor fraterno (cf. 1 Jn 2,9). El autor de la carta les llama "anticristos" (1 Jn 2,18.22;4,3) y "profetas de la mentira" (1 Jn 4,1). Hasta hacía poco tiempo pertenecían a la comunidad (cf. 1 Jn 2,19); pero salieron y, ahora, intentan desorientar a los creyentes que permanecen fieles (cf. 1 Jn 2,26; 3,7), presentándoles una doctrina que no es la de Cristo.

El gran objetivo del autor de estas cartas, no es polemizar contra estos predicadores heréticos, sino advertir a los cristianos contra sus pretensiones. Estamos en una fase de la historia de la Iglesia en la que la preocupación fundamental de los líderes de las comunidades, más que la de anunciar el Evangelio a los paganos, es la de mantener la comunidad en la fidelidad al Evangelio, frente a los desafíos y a los ataques de las herejías. Para eso, el autor, va a presentar a los creyentes el criterio de vida cristiana auténtica, esto es, el camino de la verdadera comunión con Dios.

La primera parte de la carta (cf. 1 Jn 5-2,27), presenta a Dios como "luz" que ilumina los caminos de los hombres;

la segunda (cf. 1 Jn 2,28-4,6), propone a los creyentes que vivan en comunión con Dios (cf. 1 Jn 2,28-4,6);

la tercera (cf. 1 Jn 4,7-5,12) muestra cómo se vive en comunión con Dios y presenta, en ese sentido, los dos grandes pilares de la vida cristiana, la fe y el amor.

El texto que se nos propone es, precisamente, el inicio de la tercera parte de la carta.

2.2. Mensaje

El autor va, pues, a decir a los creyentes que el amor es un elemento esencial de la identidad cristiana. Es el amor el que distingue a aquellos que son de Dios de aquellos que no son de Dios.

El punto de partida es la constatación de que Dios es amor (vv. 8.16).

¿Qué significa esto?

Significa que el amor es la esencia de Dios, su característica más acentuada, su actividad más específica.

Significa que, al relacionarse con los hombres, Dios no puede dejar de tocarles con su bondad, con su ternura, con su misericordia.

Decir que Dios es amor no significa, por tanto, hablar de una cualidad abstracta de Dios, sino hablar de acciones concretas de Dios en favor del hombre.

El amor de Dios se manifiesta de forma clara, inequívoca, en el envío de Jesús, el Hijo, que se hizo hombre como nosotros, que compartió nuestra humanidad, que nos enseñó a vivir la vida de Dios y que, llevando al extremo su amor por los hombres, murió en la cruz.

La cruz, manifiesta la "calidad" del amor de Dios por los hombres: amor gratuito, incondicional, de entrega total, de donación radical, que transforma a los hombres y los proyecta hacia la vida nueva de felicidad sin fin.

Ahora bien, si Dios es amor, aquellos que han nacido de Dios y que son de Dios deben vivir en el amor. "Si Dios nos amó, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros" (v. 11).

Para un cristiano, no llegar a descubrir que Dios le ama es quedarse con los brazos cruzados mirando, con beatitud, ese amor. El amor de Dios transforma el corazón del hombre, lo inserta en una dinámica de vida nueva, le invita a rechazar el egoísmo, el orgullo, la autosuficiencia y a vivir en la comunión con Dios y con los hermanos.

Como el amor que Dios tiene por nosotros, también nuestro amor por los hermanos debe ser gratuito, incondicional, total, hasta la muerte.

Vivir en el amor, es escoger a Dios, permanecer en Dios, vivir en comunión con Dios. Cuando mantenemos esa relación con Dios, el Espíritu reside en nosotros y realiza, por nuestro medio, obras grandiosas en favor del hombre, obras que dan testimonio del amor de Dios.

En conclusión, a esos predicadores heréticos para quienes es posible "conocer a Dios", sin aceptar a Jesucristo como el Hijo de Dios encarnado y sin amar a los hermanos, el autor de la primera Carta de Juan les dice: Dios es amor y Jesucristo, el Hijo de Dios que vino a nuestro encuentro para presentarnos el proyecto salvador del Padre, es la manifestación clara y concreta del amor del Padre; aceptar a Jesucristo y seguirle, insertarnos en la lógica de amor gratuito, absoluto, incondicional, que

transforma nuestro corazón, que nos libera del egoísmo y que nos lleva a amar a nuestros hermanos.

Quien vive en esta dinámica, "conoce" a Dios y vive en comunión con él; quien no ama, puede tener todas las pretensiones que quiera de "conocer" a Dios, pero está muy lejos de él.

2.3. Actualización

Para la reflexión, ten en cuenta las siguientes líneas:

- ✚ ¿Quién es Dios? ¿Cómo se relaciona con el hombre? ¿Se preocupa de nosotros, o vive totalmente alejado de los seres humanos a los que creó? El autor de la primera carta de Juan responde a todas estas cuestiones con una afirmación concluyente y definitiva: "Dios es amor". ¿Qué significa eso? Significa que al relacionarse con los hombres, Dios no puede dejar de tocarlos con su ternura, con su bondad, con su misericordia. Ese amor se manifiesta de forma concreta, real, histórica, en Jesucristo, el Dios que bajó hasta nosotros, que se vistió de nuestra humanidad, que compartió nuestros sentimientos, que luchó contra las injusticias que trituraban a los hombres y que murió en la cruz pidiendo al Padre perdón para sus asesinos. "Dios es amor".
¿Interiorizamos suficientemente esta revelación, dejamos que afecte a nuestra vida y condicione nuestras opciones? ¿La conciencia de que Dios nos ama potencia en nosotros la serenidad, el optimismo, la esperanza? ¿El Dios que anunciamos es ese Dios que es amor y que derrama su bondad, ternura y misericordia sobre todos sus hijos?
- ✚ "Si Dios nos amó, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros", dice el autor de la primera carta de Juan. Las Constituciones de los SCJ, por su parte, afirman: *"el Padre Dehon espera que sus religiosos sean profetas del amor y servidores de la reconciliación de los hombres y del mundo en Cristo"*.
En una y en otra afirmación encontramos la sugerencia de que ser objeto del amor de Dios nos inserta en una dinámica de amor que exige el testimonio, la vivencia, el compartir del amor con aquellos que en cualquier ocasión se cruzan en nuestro camino.
¿Intentamos ser coherentes con este programa? ¿Aquellos con los que nos cruzamos todos los días, encuentran en nuestro testimonio un signo vivo de ese amor de Dios que brota de un corazón lleno de ese amor?
- ✚ La conciencia del amor de Dios nos da el coraje de enfrentarnos al mundo y de, en el seguimiento de Jesús, hacer de la vida un don de amor. El cristiano no teme enfrentarse con la injusticia, con la persecución con la muerte: todo eso es secundario, ante el Dios que nos ama y que nos reta a amar sin medida. Frente a lo que nos enfrentamos, lo que importa al creyente es ser, en el mundo, un signo vivo del amor de Dios.

Aleluya

Aleluya, aleluya.
Cargad con mi yugo—dice el Señor—
y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.
Aleluya.

EVANGELIO

Soy manso y humilde de corazón

† Lectura del santo Evangelio según San Mateo

11, 25-30

En aquel tiempo, Jesús exclamó:

Te doy gracias, Padre,

Señor de cielo y tierra,

porque has escondido estas cosas

a los sabios y entendidos

y se las has revelado a la gente sencilla.

Sí, Padre, así te ha parecido mejor.

Todo me lo ha entregado mi Padre,

y nadie conoce al Hijo más que el Padre,

y nadie conoce al Padre sino el Hijo

y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar.

Venid a mí

todos los que estáis cansados y agobiados

y yo os aliviaré.

Cargad con mi yugo y aprended de mí,

que soy manso y humilde de corazón

y encontraréis vuestro descanso.

Porque mi yugo es llevadero

y mi carga ligera.

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

El Evangelio que hoy se nos propone, forma parte de una sección en la que Mateo presenta las reacciones y actitudes que distintas personas y grupos asumen frente a Jesús y su propuesta de "Reino" (cf. Mt 11,2-12,50).

En los versículos precedentes a este episodio (cf. Mt 11,20-24), Jesús había dirigido una vehemente crítica a los habitantes de algunas ciudades situadas alrededor del lago de Tiberíades (Corozáin, Betsaida, Cafarnaún), porque fueron testigos de su propuesta de salvación y se mantuvieron indiferentes. Estaban demasiado llenos de sí mismos, instalados en sus certezas, calcificados en sus prejuicios y no aceptaron cuestionarse a sí mismos, para abrir el corazón a la novedad de Dios.

Ahora bien, Jesús se muestra convencido de que esa propuesta rechazada por los habitantes de las ciudades del lago, encontrará acogida entre los pobres y marginados, desilusionados con la religión "oficial" y que tienen ansias de la liberación que Dios les quiere ofrecer.

Nuestro texto consta de tres "sentencias" que, probablemente, fueron pronunciadas en ambientes diversos de este en el que Mateo las presenta.

Dos de esos "dichos" (cf. Mt 11,25-27) aparecen, también, en Lucas (cf. Lc 10,21-22) y deben provenir de un documento que reunió los "dichos" de Jesús y que, tanto Mateo como Lucas, utilizarán en la composición de sus evangelios.

El tercero (cf. Mt 11,28-30) es exclusivo de Mateo y debe proceder de una fuente propia.

3.2. Mensaje

La primera sentencia (cf. Mt 11,25-26) es una oración de alabanza que Jesús dirige al Padre, que ocultó "estas cosas" a los "sabios y entendidos" y las reveló a la "gente sencilla".

Los "sabios y entendidos" son, ciertamente, esos "fariseos" y "doctores de la Ley", que absolutizaban la Ley, que se consideraban justos y dignos de salvación porque cumplían escrupulosamente la Ley; que no estaban dispuestos poner en duda ese sistema religioso en el que se habían instalado y que, en su perspectiva, les asegura automáticamente la salvación.

La "gente sencilla" son los discípulos, los primeros en responder positivamente a la oferta del "Reino"; y son también, esos pobres y marginados (los enfermos, los publicanos, las prostitutas, el pueblo sencillo) que Jesús encontraba todos los días por los caminos de Galilea, considerados malditos por la Ley, pero que acogían, con alegría y entusiasmo, la propuesta liberadora de Jesús.

La segunda sentencia (cf. Mt 11,27) se relaciona con la anterior y explica qué es lo que fue escondido a los "sabios y entendidos" y revelado a la "gente sencilla". Se trata, ni más ni menos, que del "conocimiento" (esto es, una "experiencia profunda e íntima") de Dios.

Los "sabios y entendidos" (fariseos y doctores de la Ley) estaban convencidos de que el conocimiento de la Ley les daba el conocimiento de Dios. La Ley era una especie de "línea directa" hacia Dios, a través de la cual ellos llegaban a conocer a Dios, su voluntad, sus proyectos para el mundo y para los hombres; por eso, se presentaban como detentadores de la verdad, representantes legítimos de Dios, capaces de interpretar la voluntad y los planes divinos.

Jesús deja claro que quien quiera realizar una experiencia profunda e íntima de Dios, tiene que aceptar a Jesús y seguirle. Él es "el Hijo" y sólo él tiene una experiencia profunda de intimidad y de comunión con el Padre. Quien rechace a Jesús, no podrá "conocer" a Dios: como mucho, encontrará imágenes distorsionadas de Dios y las aplicará, después, para juzgar al mundo y a los hombres. Pero quien acepte a Jesús y lo siga, aprenderá a vivir en comunión con Dios, en obediencia total a sus proyectos y en la aceptación incondicional de sus planes.

La tercera sentencia (cf. Mt 11,28-30) es una invitación a ir al encuentro de Jesús y a aceptar su propuesta: "venid a mi", "cargad con mi yugo".

Entre los fariseos del tiempo de Jesús, la imagen del "yugo" era aplicada a la Ley de Dios (cf. Si 6,24-30; 51,26-27), la suprema norma de vida. Para los fariseos, por ejemplo, la Ley no era un "yugo" pesado, sino un "yugo" glorioso, que debía ser cargado con alegría. En realidad, se trataba de un "yugo" pesadísimo. La imposibilidad de cumplir, en el día a día, los 613 mandamientos de la Ley escrita y oral, creaba conciencias pesadas y atormentadas. Los creyentes, incapaces de estar en regla con la Ley, se sentían condenados y malditos, apartados de Dios e indignos de la salvación. La Ley aprisionaba en lugar de liberar y apartaba a los hombres de Dios en lugar de conducirlos hacia la comunión con Él.

Jesús vino a liberar al hombre de la esclavitud de la Ley. Su propuesta de liberación plena se dirige

- a los enfermos (en la perspectiva de la teología oficial, víctimas de un castigo de Dios),
- a los pecadores (los publicanos, las prostitutas, todos aquellos que tenían, públicamente comportamientos social o religiosamente incorrectos),
- al pueblo sencillo (que, por la dureza de la vida que llevaba, no podía cumplir escrupulosamente todos los ritos de la Ley),
- a todos aquellos que la Ley excluía y maldecía.

Jesús les asegura que Dios no les excluye ni les maldice y les invita a formar parte del pueblo nuevo del "Reino". Es en esa nueva dinámica propuesta por Jesús como encontrarán la alegría y la felicidad que la Ley se niega a darles.

¿La propuesta del "Reino", será una propuesta reservada a una clase determinada (los pobres, los débiles, los marginados), en detrimento de otra (los ricos, los poderosos, los "situados")?

No. La propuesta del "Reino" está destinada a todos los seres humanos, sin excepción. Sin embargo, son los pobres y débiles, aquellos que ya desistieron del

socorro de los hombres, los que tienen el corazón más dispuesto para acoger la propuesta de Jesús. Los otros (los ricos, los poderosos), están demasiado llenos de sí mismos, de sus intereses, de sus esquemas cerrados, para querer arriesgar por la novedad de Dios.

Acogiendo la propuesta de Jesús y siguiéndole, los pobres y oprimidos encontrarán al padre, se convertirán en "hijos de Dios" y descubrirán la vida plena, la salvación definitiva, la felicidad total.

3.3. Actualización

En la reflexión, considerad los siguientes aspectos:

- ✚ Detrás de las palabras de Jesús que el Evangelio de hoy nos presenta, se encuentra el proyecto salvador que Dios tiene para los hombres y para el mundo. Dios ama a los hombres con un amor sin límites y quiere que lleguen a la vida eterna, a la felicidad sin fin; por eso, envió al mundo a su propio Hijo que, con el sacrificio de su propia vida, anunció el Reino y mostró a los hombres un camino de libertad y de vida plena.

Para llevar a cabo ese proyecto del Padre, Jesús luchó contra todo aquello que provocaba opresión y esclavitud, y anunció a todos los hombres, con palabra y gestos, el amor, la misericordia, la bondad de Dios.

Ese proyecto de amor toca, especialmente, a los pequeños, a los pobres, a los excluidos, a los despreciados, a los que sufren, pues son ellos los que más necesitan de salvación.

Nosotros somos testigos privilegiados de ese amor de Dios, materializado en Jesús y en el misterio de su Corazón traspasado.

¿Somos fieles a ese amor y damos testimonio, con obras, con palabras, con la vida, del amor de Dios por todos los hombres?

- ✚ No podemos, sin embargo, ser testigos, y no realizar la experiencia de Dios y de su amor.

¿Cómo hacemos una experiencia íntima y profunda de Dios y de su amor? El Evangelio responde: a través de Jesús.

Jesús es "el Hijo" que "conoce" al Padre; sólo quien sigue a Jesús y procura vivir como él (en el cumplimiento total de los planes de Dios) puede llegar a la comunión con el Padre.

Hay creyentes que, por haber realizado un "curso completo" de catequesis, por ir a misa el Domingo o por rezar fielmente la "Liturgia de las Horas", - o sea, por realizar gestos externos de religiosidad -, piensan que conocen a Dios (esto es, que tienen con él una relación estrecha de intimidad y de comunión).

Atención: sólo "conoce" a Dios quien es sencillo y humilde y está dispuesto a seguir a Jesús por el camino de la entrega a Dios y de la donación de la vida por los hombres, sus hermanos. En el seguimiento de Jesús, y sólo así, es como nos hacemos "hijos" de Dios.

- ✚ El amor de Dios se dirige, de forma especial, a los pequeños, a los marginados, a los necesitados de salvación.
¿Los pobres y débiles que encontramos en nuestras calles encuentran en nosotros la solicitud maternal y paternal de Dios?
¿A pesar del mucho trabajo, del cansancio, del "stress", de los problemas que nos molestan, somos capaces de "perder" tiempo con los pequeños, de estar disponibles para acoger y escuchar, de "gastar" nuestro tiempo con esos excluidos, oprimidos, que encontramos todos los días y con quienes tenemos la responsabilidad de mostrar el amor de Dios?

- ✚ Hacer del amor de Dios una realidad viva en el mundo, significa luchar objetivamente contra todo lo que genera odio, injusticia, opresión, mentira, sufrimiento.
¿Me preocupa, realmente, todo aquello que afea el mundo?
¿Pacto (con mi silencio, indiferencia, complicidad) con los sistemas que generan injusticia, o me esfuerzo activamente por destruir todo lo que signifique negación del amor de Dios?

- ✚ ¿Nuestras comunidades cristianas y religiosas son espacios de acogida y hospitalidad, oasis del amor de Dios, no solo para los amigos y familiares, sino también para los pobres, los marginados, los que sufren y que buscan en nosotros una señal de amor, de ternura y de esperanza?



ALGUNAS REFERENCIAS DEHONIANAS

EL PADRE DEHON, HOMBRE DE IGLESIA EN EL CORAZÓN DE JESÚS

***¡Mis queridos hijos!
¡Os dejo el más maravilloso de todos los tesoros:
el Corazón de Jesús!***

Con estas palabras, el Padre Juan León Dehon inicia el testamento espiritual que legó a los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús y a todos los que quieren centrar su vida en el Corazón de Jesús.

El Corazón de Jesús fue la fuerza interior que movió continuamente al P. Dehon. Como hombre de la Iglesia de su tiempo, contribuyó a que el Corazón de Jesús reinase en las almas y en las sociedades. Solo con eso, luchó por ese proyecto, intentó que se hiciese realidad. Lo hizo a través de la contemplación, por medio del silencio interior, a través de una intensa vida contemplativa. Lo hizo también por medio de la acción apostólica, de la lucha social.

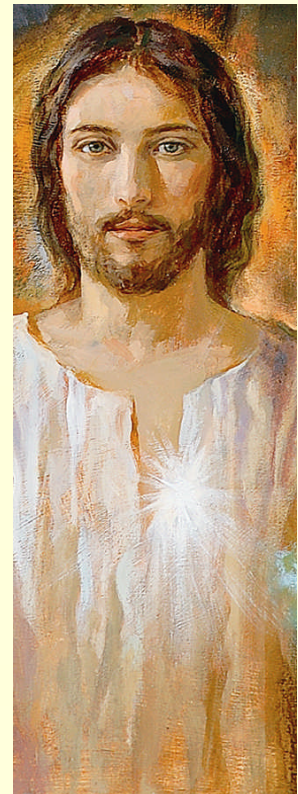
Señala al Corazón de Jesús como el camino del hombre, como el camino de la Iglesia, como el camino de la sociedad.

El P. Dehon se convierte en obrero del reino del Corazón de Jesús como respuesta a los interrogantes del corazón humano. Conversión personal y justicia social: los cimientos del reino se asientan en la práctica de estas dimensiones.

La Iglesia hunde sus raíces en Cristo, en su Corazón, en el Amor que transforma los corazones y las sociedades. La Iglesia debe luchar por compartir, por el amor, por las condiciones justas en el trabajo, por la vivienda para todos... La Iglesia señala hacia el reino del Corazón de Jesús que debe comenzar en los individuos, penetrar en las familias y envolver a toda la sociedad.

“Es necesario que el culto al Corazón de Jesús, iniciado en la vida mística de las almas, descienda y penetre en la vida social de los pueblos. Él traerá el soberano remedio para los males crueles de nuestro mundo moral” (Oeuvres Sociales I, 3).

Bebiendo de la fuente que es el Corazón de Jesús, el P. Dehon como hombre de Iglesia practica la contemplación en la acción y la acción en la contemplación. Sólo así tiene sentido el



ser y el actuar de la Iglesia, en una atención constante al hombre. Como dice uno de sus discípulos de hoy:

“Lo que hacía falta era arremangarse. El problema de su Iglesia no eran las ideas o directrices, era la fe en la persona y el coraje de cambiar lo que debía ser cambiado. Era necesario “mancharse” con la política para cambiar la Sociedad, pero antes de eso era urgente hacer el corazón humano semejante al de Jesús” (P. Zezinho, Por causa de um certo reino).

El amor del Dios vivo se hace presente en el amor del Corazón de Cristo, el Corazón de Jesús, aquel que nos llama y nos congrega en la Iglesia; en las palabras iluminadas del P. Dehon:

“El Corazón de Jesús es el sol que nos ilumina a través de su Iglesia, esta Iglesia que Jesús concibió en la atención de su Corazón por nosotros, que él adquirió y fundó por la sangre de su Corazón. El Corazón de Jesús aparece en el seno de la Iglesia como el astro que todo lo ilumina, todo lo anima y todo lo vivifica” (Oeuvres Spirituelles I, 504).

¡La Iglesia es generada en el Corazón de Jesús, la Iglesia quiere extender el reino del Corazón de Jesús en las almas y en la sociedad, la Iglesia lucha por la promoción de los valores del Reino, como la vida, la dignidad, el bien, la verdad, la justicia, el amor, la paz, la Iglesia construye la civilización del Amor!

El P. Dehon no es el único en esta lucha, es cierto. Pero, en su tiempo, la gran novedad de su propuesta se encuentra en el compromiso, sin pausa y sin cansarse, por la reflexión y por las acciones tendentes a construir el reino del Corazón de Jesús en la sociedad. Está comprometido en la fidelidad al Corazón de Jesús, como auténtico profeta que tiene el coraje de ir contra corriente. Esto en un mundo que se regulaba casi exclusivamente (¡tal como hoy!) por las leyes de la economía. El P. Dehon anuncia el camino radical del Evangelio y del Corazón de Jesús:

“Sólo el Corazón de Jesús puede traer a la tierra la caridad perdida. Sólo él reconquistará el corazón de las masas, el corazón de los obreros, el corazón de la juventud. Esta nueva conquista de los corazones comenzó a manifestarse con el Sagrado Corazón” (Oeuvres Sociales I, 5).

El Padre Dehon, que en su próxima Beatificación será propuesto a la Iglesia como ejemplo de santidad, termina su testamento espiritual, escrito en 1914, con una oración centrada en el Corazón de Jesús:

“Ofrezco una vez más y consagro mi vida y mi muerte al Sagrado Corazón de Jesús, por su amor y según todas sus intenciones. Todo por vuestro amor, ¡Oh Corazón de Jesús!